

Álvaro de Carvajal, limosnero mayor de la reina Margarita

Rubén Mayoral López

La figura de Álvaro de Carvajal ha sido minimizada, cuando no directamente olvidada, por la historiografía dedicada al reinado de Felipe III. Las referencias al mismo son escasas y, en la mayor parte de las ocasiones, anecdóticas. Bien es cierto que el protagonista mantuvo un bajo perfil *político* durante toda su vida, lo que no le ha hecho merecedor de las atenciones que sí han recibido otros personajes de la época, importantes para el paradigma estatalista preponderante en el estudio de la Historia hasta hace unas pocas décadas¹. De esta forma, se ha estudiado pormenorizadamente al duque de Lerma y a sus *hechuras* y opositores, dado que eran quienes marcaban los rumbos de la Monarquía tanto en las *políticas interiores* como en el ámbito *internacional*².

¹ A este respecto, J. Martínez Millán, “Introducción”, en J. Martínez Millán y S. Fernández Conti (dirs.), *La Monarquía de Felipe II: La Casa del rey. I: Estudios*, Madrid 2005, particularmente pp. 17-30.

² Cf. C. Pérez Bustamante, *La España de Felipe III*, Madrid 1983 (vol. XXIV de la *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal); J. Andrés-Gallego (coord.), *Historia General de España y América. VIII: La crisis de la hegemonía española, siglo XVII*, Madrid 1986, con una colaboración de Patrick Williams; A. Domínguez Ortiz (dir.), *Historia de España. VI: La Crisis del siglo XVII*, Barcelona 1988, con sendos capítulos dedicados a Felipe III de A. Feros Carrasco y A. Simón Tarrés; M.J. Pérez Martín, *Margarita de Austria, reina de España*, Madrid 1961; J.-M. Pelorson, *Les Letrados. Juristes castillans sous Philippe III. Recherches sur leur place dans la société, la culture et L'État*, La Puy-en Velay 1980; J.A. Escudero, “Los poderes de Lerma”, en *Homenaje al profesor Alfonso García-Gallo. II, vol. 1*, Madrid 1996, pp. 47-103.

El auge de unos nuevos paradigmas historiográficos, tendentes a (re)pensar el pasado según sus propias categorías, a darle una mayor importancia al papel de la mujer y, sobre todo, a señalar el papel clave del mundo de la corte ³ han ampliado los horizontes. El reinado de Felipe III ha sido tratado en mayor profundidad en los aspectos ceremoniales, de relaciones de poder, de cultura política, etc. ⁴. Sin embargo, tampoco dichos estudios citan a Álvaro de Carvajal, y cuando así ocurre no suelen superar el nivel anecdótico o la enumeración de alguno de sus oficios cortesanos: capellán mayor de las Descalzas Reales, capellán del rey, capellán mayor del rey y limosnero mayor del rey y la reina. La persistencia de este olvido resulta paradójica, dado que por un lado se resalta la importancia que dichos oficios tenían, en tanto que permitían un acceso privilegiado a la familia real ⁵, para luego obviar totalmente a aquél que los desempeñaba.

Desde mi punto de vista, esta paradoja resulta fácilmente explicable en razón de las fuentes empleadas por la mayoría de estos estudios: historias y anales ⁶,

³ Una síntesis de autores en P. Vázquez Gestal, *El Espacio del Poder. La Corte en la historiografía modernista española y europea*, Valladolid 2005, pp. 19-40 y 83-136.

⁴ Entre los muchos ejemplos, cabría destacar a F. Benigno, *La sombra del rey. Validos y lucha política en la España del siglo XVI*, Madrid 1994; A. Feros Carrasco, *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid 2002; S. Martínez Hernández, *El marqués de Velada y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III. Nobleza cortesana y cultura política en la España del Siglo de Oro*, Salamanca 2004; M.S. Sánchez, *The Empress, the Queen and the Nun. Women and Power at the Court of Philip III of Spain*, Baltimore 1998; B.J. García García, *La Pax Hispánica. Política exterior del Duque de Lerma*, Leuven 1996; P.C. Allen, *Felipe III y la Pax Hispánica 1598-1621. El fracaso de la Gran Estrategia*, Madrid 2001; M.J. del Río Barredo, *Madrid, Urbs Regia. La capital ceremonial de la Monarquía Católica*, Madrid 2000.

⁵ M.S. Sánchez, *The Empress...*, pp. 16-17 y 51. Dicha definición de historia de la corte como aquellos que gozan del acceso al Monarca resulta limitada: J. Martínez Millán, "Introducción", p. 30.

⁶ Entre las principales del reinado se hallan L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, Salamanca 1997 (ed. facsímil de la de Madrid 1857); G. González Dávila, *Teatro de las Grandezas de la villa de Madrid Corte de los Reyes*, Valladolid 2003 (ed. facsímil de la de Madrid 1623); G. González Dávila, *Historia de la vida y hechos del ínclito y poderoso monarca y santo rey dn. Phelipe III*, BNE, Ms. 12177; M. de Novoa, *Historia de Felipe III, rey de España*, CODOIN LX, Madrid 1875; L. Pinelo, *Anales de Madrid. Reinado de Felipe III*, Valladolid 2003 (ed. facsímil de la de Madrid 1931); S. Contarini, *Estado de la Monarquía española a principios del siglo XVII*, Málaga 2001.

memorias⁷, relaciones ceremoniales y correspondencia⁸, en las que Álvaro de Carvajal apenas es mencionado. Esto se debe tanto a su escasa implicación en los asuntos tratados (no gozó de una gran influencia ni en el establecimiento de la llamada *Pax Hispana* ni en los sucesivos planes de desempeño de la Hacienda; no fue un destacado servidor de Lerma o, por el contrario, un opositor señalado) como por una limitada fortuna en la conservación de la documentación⁹.

Con todo, la información, principalmente del Archivo General de Palacio, es más que suficiente. La misma nos presenta a Álvaro de Carvajal como un personaje de gran importancia, en primer lugar por su propio oficio, que consistía en prestar servicio espiritual, no sólo del Monarca, sino del conjunto de su Casa¹⁰; y en segundo, como organizador de la Capilla Real. Ambos elementos se constituyen en su verdadera dimensión con el estudio de las Casas Reales en general y la de Felipe III en particular.

Efectivamente, hasta hace poco ni siquiera la historiografía de la corte había reparado en la Casa Real y su centralidad: la propia corte tenía su fundamento último (y su origen) en la Casa Real, entendida como el grupo de personas que servían al monarca y que constituían su *familia aristotélica*. Además, la Casa

⁷ D. de Guzmán, *Reina católica. Vida y muerte de d. Margarita de Austria, reina de España*, Madrid 1617; J. de Palma, *Vida de la serenísima infanta son Margarita de la Cruz*, Madrid 1636; H. Khevenhüller, *Diario de Hans Khevenhüller, embajador imperial en la corte de Felipe II*, Madrid 2001; J. Lhermite, *El pasatiempos. Memorias de un Gentilhombre flamenco en la corte de Felipe II y Felipe III*, Madrid 2005; las llamadas *Memorias* de Diego de Guzmán, en RAH, 9/476.

⁸ Por ejemplo, J. de Olarra Garmendia y M.L. de Larramendi, *Correspondencia entre la nunciatura de España y la Santa Sede. Reinado de Felipe III (1598-1621). I-III*, Roma 1960-1963; L. Serrano, *Archivo de la Embajada de España cerca de la Santa Sede. I: Índice analítico de los documentos del siglo XVI*, Roma 1915; J.M. Pou y Martí, *Archivo de la Embajada de España cerca de la Santa Sede. II: Índice analítico de los documentos del siglo XVII*, Roma 1917.

⁹ Las llamadas *Memorias* de Diego de Guzmán en realidad son un diario que el capellán y limosnero mayor del monarca debía llevar, conservándose algunos años de las anotaciones de Guzmán, y no de las de García de Loaysa y, sobre todo, Álvaro de Carvajal, que existieron, como prueba el índice de las mismas conservado en BHMM, M-32.

¹⁰ H. Pizarro Llorente, “La capilla real, espacio de la lucha faccional”, en J. Martínez Millán y S. Fernández Conti (dirs.), *La Monarquía de Felipe II...*, I, pp. 181-182.

Real devino en un poderoso instrumento que integraba a las elites del reino, ayudaba a su gobernación y generaba una cultura política y un comportamiento propio de la corte ¹¹. El estudio de las Casas Reales es necesario para entender, no ya el funcionamiento de la corte, sino del propio Reino ¹².

1. *Los Carvajales placentinos*

El Limosnero y Capellán mayor pertenecía, como indica su apellido, a una de las principales familias de Plasencia, los Carvajal, quienes también se habían extendido hasta Trujillo, Cáceres y Talavera de la Reina. La identidad como grupo familiar fue forjada desde muy temprano con la historia de su genealogía redactada por Lorenzo Galíndez de Carvajal, consejero de Isabel I ¹³. El mismo señalaba acertadamente como fundador de la dinastía a Diego González de Carvajal, asentado en Plasencia. Sus cinco hijos fueron inicio de otras tantas ramas y subramas. Del primogénito, con el mismo nombre que el padre, descendía Álvaro de Carvajal y sus hermanos, mientras que de la primera hija, Mencía de Carvajal, lo hacían los señores, y luego condes, de Torrejón el Rubio. Galíndez de Carvajal quiso ennoblecer los orígenes del fundador vinculándolos a Gonzalo González de Carvajal y su hijo Diego González de Carvajal, caballeros de León y servidores de doña Berenguela y Fernando III ¹⁴.

¹¹ J. Martínez Millán, “Introducción”, pp. 30-51 e Ídem, “La corte de la Monarquía Hispánica”, en *Studia Historica. Historia Moderna* 28 (Salamanca 2006), pp. 26-40.

¹² Dicha metodología ha sido aplicada con éxito en J. Martínez Millán y S. Fernández Conti (dirs.), *La Monarquía de Felipe II...*, y la reciente J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III: la Casa del rey*, Madrid 2008.

¹³ A. Matías Gil, *Las Siete Centurias de la ciudad de Alfonso VIII*, Plasencia 2000 (publicada originalmente en 1877), p. 95; A. Fernández, *Historia y Anales de la ciudad y obispado de Plasencia*, Badajoz 2006 (ed. facsímil de la de Madrid 1627), p. 38; L. de Toro, *Descripción de la ciudad y obispado de Plasencia*, Plasencia 1961, pp. 73-75.

¹⁴ A quienes sucedieron Sancho de Carvajal, el gordo, montero mayor de Alfonso, el Sabio, y padre de Juan y Pedro Alonso de Carvajal, despeñados por orden de Fernando IV, cuya muerte “emplazaron”: A. Fernández, *Historia y Anales ... de Plasencia*, pp. 37-38.

Precisamente fue la rama de los señores de Torrejón la más destacada en un principio. El primer señor, García López de Carvajal, fue consejero de Juan II, mientras que sus hijos Francisco y Gutierre comandaron la *reducción* de Plasencia. En este sentido, los Carvajal siempre pudieron exhibir el título “libertadores” de la ciudad y que su escudo se incorporase al de la villa, aunque con ello se ganasen la enemistad de los Zúñiga¹⁵. La rebelión fue promovida por la reina Isabel, quien había concertado con parte de la elite local plasentina el retorno al realengo, aprovechando la sucesión en 1488 como conde de Plasencia de un partidario de la Beltraneja, Álvaro de Zúñiga, quien además se hallaba enfrentado con sus tíos (el señor de Mirabel y el maestre de Alcántara). Los Carvajal se alzaron en armas y capturaron tanto al conde como al maestre, poniéndose al servicio del rey Fernando. Éste se presentó en la ciudad, juró no volver a enajenarla y prometió el voto en Cortes, lo que seguía sin cumplirse en tiempos de Felipe III¹⁶.

De este linaje de los señores de Torrejón el Rubio procedía Lorenzo Galindez de Carvajal¹⁷ y el influyente cardenal Bernardino Carvajal, hijo del “libertador” Francisco¹⁸. No se trataba del primer cardenal del clan. Su “tío”, Juan

¹⁵ M. López Sánchez-Mora, *Plasencia, siglos XVI y XVII*, Plasencia 1974, pp. 75 y 82-83. El origen de la situación se halló en 1442, momento en el que Juan II hizo merced de la ciudad de Plasencia a Pedro de Zúñiga, su justicia mayor y conde de Ledesma, destacado por haber cumplido la orden de prender a Álvaro de Luna. Por otro lado, su hermano era obispo de Plasencia y su sobrina, Beatriz de Zúñiga, servía a la reina.

¹⁶ A. Fernández, *Historia y Anales ... de Plasencia*, pp. 150 y ss.; A. Matías Gil, *Las Siete Centurias...*, pp. 89, 104-106 y 141; P. Cordero Alvarado, *Plasencia heráldica, histórica y monumental*, Plasencia 1997, p. 80. Además, Gutierre de Carvajal entró a servir en la Casa de los Reyes Católicos: D. Sánchez Loro, *Historias placentinas inéditas. Vol. B*, Madrid 1983, p. 265.

¹⁷ Era nieto de uno de los hermanos del I señor de Torrejón: A. López de Haro, *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España*, Madrid 1622, p. 596.

¹⁸ Embajador de los Reyes Católicos ante el Papa y luego en Portugal para negociar las “bulas del descubrimiento”, estos servicios le valieron numerosos obispados y el capelo. Sin embargo, su fracaso al ser elegido Papa y la negativa de Fernando a concederle el obispado de Sevilla le condujeron finalmente a aliarse con Francia y participar en el concilio cismático de Pisa. Terminó sus días en Roma, gozando del obispado de Plasencia. Fue también nombrado Patriarca de Jerusalén: Q. Aldea, T. Marín Martínez, J. Vives Gatell, *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Madrid 1972, I, p. 370 y Suplemento I, pp. 442-445; A. Fernández, *Historia y Anales ... de Plasencia*, pp. 185-191. Tampoco residió en su diócesis, si bien en estos años hay un obispo auxiliar, García Bayón de Carvajal, dominico y parece que emparentado con él: F. Fernández Serrano, “Obispos auxiliares en Plasencia: siglos XV-XX”, *Hispania Sacra* XXIV, 47 (Madrid 1971), pp. 14-17.

de Carvajal, hijo de Sarra de Carvajal (segunda hija del fundador de la familia), y de Juan de Tamayo, corregidor en Trujillo, fue premiado por sus servicios a Eugenio IV, Nicolás V y Pío II con el capelo, el título de protector de los húngaros y numerosos obispados, entre ellos el de Plasencia¹⁹.

También fue pariente de ambos Gutierre Vargas de Carvajal, hijo de Inés de Carvajal²⁰ y Francisco de Vargas, del Consejo Real. La influencia de su padre logró para él la abadía de Santa Leocadia y el obispado de Plasencia, a pesar de su corta edad. Convocó el sínodo placentino de 1534, de un fuerte cariz reformista. Participó en Trento, donde trabó contacto con los jesuitas (Laínez le entregó unos Ejercicios Espirituales). Ya de vuelta en su diócesis, fundó en 1555 el primer colegio de la Compañía.

2. A la sombra de García de Loaysa

Tal como se ha visto, los Carvajal tuvieron unos inicios muy prometedores. Sin embargo, cuando Felipe II llegó al trono las posibilidades de la familia habían quedado deslucidas, reducidas a las una élite local que podía aspirar a mantener su posición en el gobierno del concejo placentino y su cabildo e inquisición (dependiente de Llerena), pero sin posibilidades de dar el gran salto a la corte y al servicio real más allá que como soldados²¹.

¹⁹ Al residir en Roma, hubo de delegar en su hermano, Rodrigo de Carvajal, como provisor y vicario y racionero de Plasencia, al que sustituyó Gil Fernández de Carvajal con los mismos oficios, mientras que Rodrigo fue elevado al deanato de la catedral. Le sucedió como arcediano de Plasencia y Béjar Sancho de Carvajal, mientras que Álvaro de Carvajal llegó a ser tesorero: A. Fernández, *Historia y Anales ... de Plasencia*, pp. 102-107; *Diccionario de Historia Eclesiástica...*, I, p. 371; M. López Sánchez-Mora, *Episcopologio. Los obispos de Plasencia. Sus biografías*, Los Santos de Maimona 1986, pp. 23-27; A. Matías Gil, *Las Siete Centurias...*, pp. 90-93. Parece que fue sobrino suyo Rodrigo de Carvajal, Patriarca de Jerusalén: D. Sánchez Lloro, *Historias placentinas...*, pp. 470, 472, 477-478; L. de Toro, *Descripción ... de Plasencia*, p. 73.

²⁰ Era hermana de Bernardino de Carvajal: P. Cordero Alvarado, *Plasencia heráldica...*, p. 82. La herencia placentina pesó fuertemente en Gutierre Vargas, pues tomó parte en las luchas contra los Zúñiga: C. Pérez-Coca Sánchez Matas, *Derecho, vida y costumbres de Plasencia y su diócesis en los siglos XV y XVI. Documentación sinodal de la segunda mitad del siglo XVI*, Madrid 1994, I, p. 44.

²¹ Tal vez una de las causas últimas se encuentre en cómo se desarrollaron las Comunidades en la ciudad. Al igual que en otros sitios, la rivalidad de dos familias, en este caso los

Sin embargo, al fallecer el Rey Prudente la dinastía había colocado a varios de sus representantes en puestos claves de la corte, la Casa Real y la Iglesia toledana, donde se mantendrían durante el reinado de Felipe III, en lo que supuso el cenit de su influencia. Desde mi punto de vista, la principal explicación a este cambio se halla en el ascendente que su pariente, García de Loaysa, logró en los años finales del reinado de Felipe II.

García de Loaysa Girón nació en Talavera ²², hijo de Pedro Girón de Loaysa, heredero de la casa de los Girón y del Consejo Real, y de Mencía de Carvajal. Su bisabuela paterna, Inés Venegas de Loaysa, era hermana de Pedro de Loaysa, corregidor de Salamanca y del Consejo de los Reyes Católicos, padre a su vez del cardenal y arzobispo de Sevilla García de Loaysa, de quien tomó su nombre el talaverano. Por su parte, su madre era hermana de Juan Suárez de Carvajal (que, antes de entrar en religión, se casó con una de las hermanas de Pedro Girón). Su vinculación con Álvaro de Carvajal y sus hermanos vino a través de una de sus hermanas, Constanza Girón, madre de todos ellos por su enlace con Diego González de Carvajal ²³.

Formado en latín y griego en Salamanca, estudió Filosofía y Teología en Alcalá, si bien fracasó en su intento de convertirse en catedrático allí. Su oportunidad la había recibido unos años antes, en 1563, cuando su doblemente tío,

Zúñiga y los Carvajal, motivaron la toma de partido de cada casa por bandos opuestos. Mientras que los Carvajal lo hicieron por los comuneros (no obstante, habían sido beneficiados por los Reyes Católicos), los Zúñiga lo hicieron por el rey Carlos. La victoria de los primeros se comunicó a Tordesillas, desde donde se nombró a Bernardino de Carvajal, arcediano de Plasencia y Béjar y líder de los comuneros, capitán de la ciudad. Enfrente se hallaba el deán del cabildo, Gómez de Jerez. El fin de las alteraciones trajo un perdón imperial para la ciudad, si bien se obligaba al pago de las rentas reales de 1520: M. López Sánchez-Mora, *Plasencia...*, pp. 75-76.

²² El año bien podría ser 1534 o 1542: *Diccionario de Historia Eclesiástica...*, II, p. 975; J. Martínez Millán y C.J. de Carlos Morales (dirs.), *Felipe II (1527-1598). La configuración de la Monarquía hispánica*, Salamanca 1998, p. 418.

²³ La rama principal de los Carvajal placentinos estaba compuesta a finales del siglo XVI por Diego González de Carvajal, su esposa Constanza Girón de Loaysa y sus hijos, Ruy González de Carvajal (el heredero del patrimonio) y Pedro, Diego y Álvaro de Carvajal: AGP, Per., leg. 7783/7; A. Fernández, *Historia y Anales ... de Plasencia*, pp. 40, 228, 263-264, 292; A. López de Haro, *Nobiliario genealógico...*, pp. 392-393 y 595; *Diccionario de Historia Eclesiástica...*, Suplemento I, p. 432-433.

Juan Suárez de Carvajal, le hizo dejación del arcedianato de Guadalajara²⁴. Esto, unido a una canonjía en el cabildo de Toledo, le proporcionó un trampolín adecuado.

Además, ambos beneficios le prestaron una base económica sobre la que dar rienda suelta a su caridad y su erudición, fundando una impresionante biblioteca. Precisamente la misma sirvió de vía de entrada a Gregorio XIII quien, bajo la excusa de solicitar copias de algunas rarezas conseguidas por el arcedianato, logró atraerle a las filas del partido papista²⁵, algo que se reforzaría al convertirse en *hechura* del nuevo y flamante arzobispo Quiroga, uno de los principales patronos de la facción²⁶. Los sucesivos nuncios siempre recomendaron enfáticamente al arcedianato, que obtuvo mercedes eclesiásticas de los distintos Papas,

²⁴ Su tío deseaba retirarse de la vida pública. Ya había renunciado en 1561 a su obispado de Lugo, en 1563 lo hizo del arcedianato y poco después del consejo de Cruzada, para quedar sólo como capellán mayor de los Reyes Nuevos de Toledo: M.R. Pazos, *El episcopado gallego a la luz de documentos romanos. III: Obispos de Lugo y Mondoñedo (1539-1839 y 1550-1839)*, Madrid 1946, pp. 23, 28. El longevo Juan Suárez de Carvajal dejó un documento biográfico al final de su vida, en 1579, suplicando a Gregorio XIII que su hijo recibiese merced de sus bienes, con un éxito limitado (Ibídem, pp. 13, 29, 33). Destacó especialmente en su servicio a los monarcas en la gestión de las distintas bulas de cruzada, empeño que le unió a su pariente y amigo el cardenal García de Loaysa, quien le nombró por su testamento: Ibídem, pp. 20, 21, 22, 23, 25; R. García-Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España. III-1º: La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, Madrid 1980, pp. 202-203.

²⁵ Peticiones de 1574, 1587 e incluso 1598. El nuncio intentó que la de 1587 fuese premiada con una de las monedas y medallas antiguas descubiertas en Roma y que el Papa Sixto V empleaba como regalos de alto valor simbólico, si bien el alijo se terminó antes de que se destinase una a García de Loaysa. Clemente VIII le remitió en 1594 la traducción al latín de una obra de Diógenes que su hermano había realizado: *Diccionario de Historia Eclesiástica...*, Suplemento I, pp. 433-434, 435 y 436; J. de Olarra Garmendia y M.L. de Larramendi, *Correspondencia...*, I, p. 27. Su biblioteca pasó tras su muerte a su sobrino, Pedro de Carvajal, deán de Toledo, quien la donó al convento de dominicos de Plasencia. De allí pasó a la Real Biblioteca en el siglo XVIII, para engrosar los fondos de la Biblioteca Nacional de Madrid: Ibídem, p. 437; BNE, Ms. 13027, *Vidas de los arzobispos de Toledo*, fol. 223r.

²⁶ A ello ayudó la recomendación que de él hizo el jesuita Pedro de Ribadeneyra, amigo Quiroga: H. Pizarro Llorente, *Don Gaspar de Quiroga (1512-1594). Un gran patrón en la corte de Felipe II*, Madrid 1997, p. 526, tesis Doctoral, editada con el mismo título en Madrid 2004. Sobre el partido papista, J. Martínez Millán y C.J. de Carlos Morales (dirs.), *Felipe II (1527-1598). La configuración...*, pp. 133 y ss.

a veces incluso en contra del criterio del Monarca²⁷. Por su parte, García de Loaysa les ofreció sus servicios en varias ocasiones²⁸.

En este contexto, el arcediano recibió una serie de encargos que le hicieron merecedor de la atención y luego la confianza del Arzobispo: participó en la Junta de Reformación de 1575²⁹; redactó el nuevo manual para la administración de los Santos Sacramentos entre 1579 y 1581 (junto con Francisco de Pisa)³⁰; predicó en los funerales de la reina Ana³¹; asistió al sínodo diocesano de 1580 y y como procurador al concilio provincial de 1582³²; etc. Como premio, obtuvo en

²⁷ A las citadas monedas, cabe añadir la dispensa del servicio de coro pedida por Felipe II para su limosnero mayor en 1587; la solicitud de 1593 del propio Loaysa de destinar 2000 escudos de las pensiones de su arcedianato para las personas que designasen, lo que Clemente VIII otorgó en contra del parecer de Felipe II; la expedición gratuita de las bulas, que obtuvo en 1594; y que el Papa le enviase un legado extraordinario para comunicarle en persona su preconización como arzobispo toledano: *Diccionario de Historia Eclesiástica...*, Suplemento I, pp. 434, 435, 436.

²⁸ Al año de ser nombrado maestro del príncipe, se ofreció en el cargo a través del nuncio Spacciani; lo hizo de nuevo en 1591, escribiendo directamente al secretario de Estado pontificio; mientras que en 1593 explicaba al nuncio Caetani algunos capítulos de las Cortes de 1588: *Diccionario de Historia Eclesiástica...*, Suplemento I, pp. 434 y 435.

²⁹ I. Ezquerria Revilla, *El Consejo Real de Castilla bajo Felipe II*, Madrid 2000, p. 118. Para una comprensión de las sucesivas Juntas de Reformación en el contexto de la lucha faccional, resulta fundamental: Ídem, “La reforma de las costumbres en tiempo de Felipe II: las ‘Juntas de Reformación’ (1574–1583)”, en J. Martínez Millán (dir.), *Felipe II (1527–1598). Europa y la Monarquía Católica*, Madrid 1998, III, pp. 179–208.

³⁰ En la comisión que evaluaba el manual se hallaba Juan de Mariana: F. de Pisa, *Descripción de la Imperial ciudad de Toledo y Historia de sus antigüedades... Primera Parte... con la historia de Santa Leocadia*, Toledo 1605, fol. 268. Había formado parte en 1576 de una comisión para introducir el los acuerdos del Concilio Tridentino en la sede primada, vacante por el largo proceso a Carranza: H. Pizarro Llorente, *Don Gaspar de Quiroga*, p. 467.

³¹ M. de Novoa, *Historia de Felipe III...*, p. 13.

³² Donde trabó contacto con el marqués de Velada, delegado regio en dicho Concilio. Loaysa se ofreció como asesor adicional al ya designado por el monarca, el letrado, inquisidor y arcediano de Toledo Francisco Dávila. Probablemente Quiroga intentó de esta manera influir la actuación del marqués de Velada, dado que su candidato para la delegación no fue elegido. García de Loaysa, por su parte, intentó establecer un contacto duradero con el noble, como muestra su ayuda para lograr que pudiese celebrarse misa en el oratorio de la casa donde se alojaba: S. Martínez Hernández, *El marqués de Velada...*, p. 225 y 227; J. Martínez Millán y C.J. de Carlos Morales (dirs.), *Felipe II (1527–1598). La configuración...*, p. 418; H. Pizarro Llorente, *Don Gaspar de Quiroga*, p. 578.

1584 la designación como capellán mayor y limosnero de Felipe II, oficios vacos por el fallecimiento de Luis Manrique³³, miembro del partido castellanista.

Su designación se hizo con la intención de que pusiese orden en la Capilla Real, cuya composición, a caballo entre la Casa de Borgoña y la de Castilla, resultaba harto complicada. Para ello, recibió sendas instrucciones, como capellán mayor y como limosnero, que sirvieron de modelo para nombramientos posteriores³⁴; se le encargó fijar el ceremonial³⁵ y se gestionó para él una bula en 1591 que reafirmaba y aumentaba sus poderes como capellán mayor en lugar del Arzobispo de Santiago³⁶. En este sentido, aunó la defensa de la autoridad del capellán mayor con la de la primacía de Toledo en su recopilación sobre los Concilios hispanos. En la misma, publicada en 1593, lanzaba un duro ataque a las pretensiones compostelanas negando la predicación del apóstol³⁷.

Este nombramiento le abrió definitivamente las puertas de la corte, en un contexto de rearme general del antiguo y derrotado partido papista³⁸. Al año siguiente, era elegido maestro del príncipe Felipe por propuesta del cardenal de Quiroga³⁹. Además, ejerció un influjo destacado en la provisión del patronato

³³ Una sucinta biografía en J.A. Montañés Bermúdez, “Luis Manrique de Lara, cura de Riópar y Villapalacios, capellán de Carlos V y limosnero mayor de Felipe II”, *II Congreso de Historia de Albacete. III (Edad Moderna)*, Albacete 2002, pp. 93-109. Para su labor al frente de la Real Capilla y como cortesano: H. Pizarro Llorente, “La capilla real”, pp. 195-202.

³⁴ RAH, 9/3982; RAH, 9/454bis, fol. 85; RAH, 9/1552, carpeta 2.

³⁵ Para ello publicó un decreto en 1590 en el que regulaba el servicio de las misas cantadas y llevó un libro en el que anotaba los hechos ceremoniales sobresalientes: BNE, Ms. 14018/19, reproducido en F.A. Barbieri, *Legado Barbieri*, II, Madrid 1988, p. 58; AGP, Real Capilla, caja 226/1; RAH, 9/454bis.

³⁶ H. Pizarro Llorente, “La capilla real”, p. 207.

³⁷ En realidad se trataba del discurso del primado de las Españas en el Concilio IV de Letrán. La influencia de Loaysa logró una respuesta en Roma, si bien sin ninguna resolución traumática, en parte por la intervención posterior de la reina Margarita y Felipe III: *Diccionario de Historia Eclesiástica...*, Suplemento I, p. 435; F. Márquez Villanueva, *Santiago: trayectoria de un mito*, Barcelona 2004, pp. 315 y ss.; M.J. Pérez Martín, *Margarita de Austria...*, p. 141.

³⁸ H. Pizarro Llorente, *Don Gaspar de Quiroga*, pp. 280-281; I. Ezquerria Revilla, *El Consejo Real...*, p. 203.

³⁹ G. González Dávila, *Historia... de Felipe III*, fol. 30r. Según Francisco de Pisa, habría sido un premio por su labor en la redacción del manual de administración de los Santos Sacramentos (fol. 268v), lo que concuerda con el hecho de que ya fuese candidato para

eclesiástico junto con Diego de Chaves y un mermado Mateo Vázquez⁴⁰; en el Consejo de Inquisición, en el que entró en 1590⁴¹; y en otros asuntos⁴². Finalmente, fue nombrado Arzobispo de Toledo⁴³, consejero de Estado y miembro de la Junta de Noche en 1598⁴⁴.

Toda la influencia lograda permitió a García de Loaysa favorecer a su familia, clientes y demás afines⁴⁵, que colocó en diversos oficios de Toledo, Plasencia

educar al malogrado príncipe Diego: S. Martínez Hernández, *El marqués de Velada...*, p. 268. Se le entregaron unas instrucciones: A. Feros, *El duque de Lerma...*, pp. 56 y ss.; BNE, Ms. 13027, fols. 210v-211r; M. de Novoa, *Historia de Felipe III...*, p. 28 y ss.

⁴⁰ Con ello, los herederos del partido papista lograron controlar uno de los asuntos que más quebraderos de cabeza proporcionaban a las altas instancias romanas: H. Pizarro Llorente, "La capilla real", pp. 205 y ss. Sobre el proceso, I. Ezquerria Revilla, *El Consejo Real*, pp. 178-186, 200. Y eso que el propio Mateo Vázquez, tal vez intentando ganárselo para su parcialidad, le felicitó por su nombramiento como maestro del príncipe: S. Martínez Hernández, *El marqués de Velada...*, p. 268.

⁴¹ Desde donde azuzó el proceso contra el jerónimo Juan de Sigüenza: H. Pizarro Llorente, *Don Gaspar de Quiroga*, pp. 282-283, 642, 650-651.

⁴² Como la reforma del Consejo de Castilla, nido de castellanistas, en lo que atañía a sus labores de justicia: I. Ezquerria Revilla, *El Consejo Real*, pp. 212-220, 230-231; como la gestión de los hospitales: Ibídem, p. 245; o como la Junta de Reформación de 1586: H. Pizarro Llorente, *Don Gaspar de Quiroga*, p. 609.

⁴³ Después de haber sido gobernador del arzobispado durante las ausencias de Alberto de Austria, con la capacidad de proveer cualquier beneficio de menos de 200 ducados de renta que bacase y sin dejación de sus oficios cortesanos ni capitulares. Además, convocó y presidió un sínodo: BNE, Ms. 13027, fols. 206v-207r y D. Castejón y Fonseca, *Primacía de la Santa Iglesia de Toledo, sus medras, sus progressos... defendida contra las impugnaciones de Braga. Tercera parte*, Madrid 1645, p. 1163; F. de Pisa, *Descripción ... de Toledo*, fol. 271r.

⁴⁴ *Diccionario de Historia Eclesiástica...*, Suplemento I, p. 436; H. Khevenhüller, *Diario...*, p. 485.

⁴⁵ Por ejemplo, logró que se concluyese la visita que el Consejo de Castilla realizaba a la Universidad de Alcalá en 1592: I. Ezquerria Revilla, *El Consejo Real*, p. 236. Además de ser estudiante, García de Loaysa mantenía vinculaciones con la ciudad. Como muestra, al ser apartado de la Corte se refugió allí, donde la muerte lo sorprendió y recibió sepultura en la iglesia de los santos Justo y Pastor: D. de Castejón y Fonseca, *Primacía de ... Toledo*, p. 1164; BNE, Ms. 13027, fols. 214r-v, 219r y 222r. Por otro lado, también favoreció a su antiguo patrono, el cardenal Quiroga, en franca decadencia física y cortesana: H. Pizarro Llorente, *Don*

y Madrid. De esta forma, el señor de Torrejón, Francisco de Carvajal, caballero de Calatrava, fue comendador de Puertollano y Almodóvar, corregidor de Granada y Toledo (dos veces, una de ellas coincidiendo con el traslado del cuerpo de Santa Leocadia) y Asistente de Sevilla ⁴⁶. Fue presentado en 1585 por presidente de Órdenes por Juan de Zúñiga ⁴⁷, aunque sin éxito.

De una rama secundaria de estos señores de Torrejón procedía Juan de Vargas Carvajal ⁴⁸, caballero de Alcántara, de la boca de Felipe III, señor de villa del Puerto. Casó con su sobrina Catalina Fernández de Córdoba, heredera de la casa de Guadalcazar, a la que Felipe III dio el rango de marquesado.

Más clara fue su influencia en la carrera de sus sobrinos ⁴⁹. El mayor, Ruy González de Carvajal, era familiar y alguacil del Santo Oficio. Otro, Pedro de Carvajal, sustituyó a su tío en la visita al Colegio de los Infantes en 1584 ⁵⁰ y fue provisto por deán de Toledo en 1592 ⁵¹. Por su parte, Diego de Carvajal inició su carrera en la catedral de Plasencia, al ser designado tesorero de la misma en

Gaspar de Quiroga, p. 615; poco antes de fallecer recomendaba al cardenal Aldobrandini a su sobrino Fernando Girón, a Baltasar de Miranda y a Felipe Novelli: *Diccionario de Historia Eclesiástica...*, Suplemento I, p. 437; J. de Olarra Garmendia y M.L. Larramendi, *Correspondencia...*, I, p. 23.

⁴⁶ A. Fernández, *Historia y Anales ... de Plasencia*, pp. 40 y 228. Asistente desde al menos 1589, participó en el casamiento del duque de Alba, Antonio Álvarez de Toledo, con la hija de los duques de Alcalá, en 1590: L. Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe II, Rey de España*, Salamanca 1998, pp. 1184, 1270 y 1325.

⁴⁷ De quien fue testamentario García de Loaysa en 1586, junto con Velada, Moura y otros: S. Martínez Hernández, *El marqués de Velada...*, pp. 239 y 243.

⁴⁸ Era nieto de Lorenzo de Galíndez de Carvajal: A. López de Haro, *Nobiliario genealógico*, p. 596.

⁴⁹ Posiblemente también fuese sobrino suyo García de Loaysa Trejo, deán de la iglesia de Plasencia desde los tiempos del obispo Martín de Córdoba (1574-1578) hasta los de Juan Ochoa de Salazar (fallecido en 1594) recibiendo dos prebendas anuales: L. de Toro, *Descripción ... de Plasencia*, p. 87; A. Fernández, *Historia y Anales ... de Plasencia*, pp. 252 y 267.

⁵⁰ H. Pizarro Llorente, *Don Gaspar de Quiroga*, p. 538.

⁵¹ H. Pizarro Llorente, *Don Gaspar de Quiroga*, p. 697. Allí seguía en 1596, cuando Jehan Lhermite acompañó al Conde de "Berlaymont" y el "sobrino de García de Loaysa", como le llama el autor, les ofreció como alojamiento el capítulo: J. Lhermite, *El pasatiempos...*, p. 276.

tiempos del obispo Juan de Noroña⁵² y capellán en San Nicolás⁵³. Era también secretario del Santo Oficio⁵⁴.

Por último, Álvaro de Carvajal también inició su carrera en dicha catedral, al ser designado por Arcediano de Plasencia en 1578⁵⁵. Un año antes había pasado por el Colegio Mayor de Oviedo⁵⁶ y fue comisario del Santo Oficio. Además, gobernó el arzobispado junto con el canónigo Martín González de Carvajal durante la vacante entre Martín de Córdoba y Francisco Tello de Sandoval, y en el ínterin entre la muerte de éste y el nombramiento de Juan de Noroña⁵⁷. Participó en el importante sínodo diocesano de 1582, convocado por este obispo portugués, que supuso la introducción de las disposiciones de Trento en Plasencia⁵⁸.

La entrada de Álvaro en el mundo cortesano, gracias a su tío, fue doble. Por un lado, fue nombrado en 1588 capellán de Castilla⁵⁹; por otro, ese mismo año era elegido capellán mayor de las Descalzas Reales de Madrid⁶⁰. Esta última elección conllevaba una gran responsabilidad, pues desde unos años antes la Emperatriz María y su hija Margarita habían comenzado a residir en el cuarto

⁵² A. Fernández, *Historia y Anales ... de Plasencia*, p. 264. Este autor se refiere también al enfrentamiento que se vivía en su seno entre los Carvajal y los Zúñiga: *Ibidem*, p. 283.

⁵³ En la capellanía que fundó su antepasado Sancha de Carvajal: D. Sánchez Loro, *Historias placentinas...*, Vol. B, p. 264 nota.

⁵⁴ AGP, Per., leg. 7783/7.

⁵⁵ Por fallecimiento de su anterior ocupante Fabián Monroy. Cabe destacar que éste era arcediano de Plasencia y Béjar, pero el oficio fue dividido en dos a su muerte, en aplicación de una bula del papa Adriano: A. Fernández, *Historia y Anales ... de Plasencia*, p. 252.

⁵⁶ A.M. Carabias Torres, "Catálogo de colegiales del Colegio Mayor de Oviedo (siglo XVI)", *Studia Histórica. Historia Moderna* III, 3 (Salamanca 1985), p. 95. Antes de entrar en el colegio había tenido una formación en cánones y luego fue canónigo doctoral y tesorero en Plasencia, si bien esto último no parece exacto.

⁵⁷ A. Fernández, *Historia y Anales ... de Plasencia*, pp. 252 y 257.

⁵⁸ C. Pérez-Coca Sánchez Matas, *Derecho ... de Plasencia*, II, p. 424.

⁵⁹ J. Martínez Millán y S. Fernández Conti (dirs.), *La Monarquía de Felipe II...*, II, p. 95.

⁶⁰ En lugar y por fallecimiento de Gil de Albornoz, testamentario de la fundadora, doña Juana: N. Álvarez Solar-Quintes, *Reales cédulas de Felipe II y adiciones de Felipe III a la escritura fundacional del Monasterio de las Descalzas de Madrid (1556-1601)*, Madrid 1962, pp. 13 y 17.

real del convento (de hecho, la infanta se había ordenado como Margarita de la Cruz). Pero también se producía en un momento delicado, ya que desde 1583 se ventilaba un conflicto entre la abadesa, Sor Juana de la Cruz, y el propio monarca, iniciado por las intenciones de éste de cambiar el sistema de entrada en el convento. Felipe II pretendía endurecer las pruebas de acceso, hasta entonces dependientes únicamente de la aprobación de la propia abadesa. Para ello, planeó extrañarlas a los guardianes de los conventos de San Francisco y de San Bernardino Extramuros y al vicario de las Descalzas. Ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo, hasta el final del reinado únicamente profesó sor Margarita de la Cruz⁶¹. Tal vez el motivo último de la decisión regia estuviese en el partido castellanista, que vislumbraba en el convento de clarisas una espiritualidad descalza que superaba ampliamente la norma que pretendían fijar para Castilla y se acercaba peligrosamente a los jesuitas. Además, la presencia de la Emperatriz María, favorecedora de la Compañía en el Imperio, y de los criados a su servicio, formados en gran parte por antiguos papistas y base de un “partido imperial” en la corte del Rey Prudente, suponía un motivo más para poner en “cuarentena” al convento⁶².

En este contexto, la elección del capellán mayor de las Descalzas, competencia del monarca, resultaba clave. Entre sus funciones, destacaba gobernar la capilla del convento (compuesta de hasta 12 capellanes cantores y otros servidores menores); supervisar la liturgia, oficiando en ocasiones y buscando los predicadores; gestionar la construcción y funcionamiento del Hospital de la Misericordia, anexo a la fundación; designar a los administradores del convento; custodiar a las monjas y atender sus necesidades; realizar las informaciones de limpieza de las aspirantes (por delegación de la abadesa); y, sobre todo, ocuparse de los asuntos urgentes, junto con los testamentarios/patronato de la fundación, tomando decisiones que se añadían, aunque fuese de una manera

⁶¹ E. Tormo, *En las Descalzas Reales. Estudios Históricos, iconográficos y artísticos*, Madrid 1917, pp. 152 y 189; M.L. Sánchez Hernández, *Patronato regio y órdenes religiosas femeninas en el Madrid de los Austrias: Descalzas Reales, Encarnación y Santa Isabel*, Madrid 1997, p. 170.

⁶² Sobre el grupo de criados de la Emperatriz, J. Martínez Millán, “La Emperatriz María y las pugnas cortesanas en tiempos de Felipe II”, en E. Belenguer Cebrià (coord.), *Felipe II y el Mediterráneo. III: La Monarquía y los reinos (I)*, Madrid 1999, pp. 148-157; y la obra de Magdalena Sánchez.

consuetudinaria, a las constituciones del monasterio⁶³. En resumen, el capellán mayor tenía una gran capacidad de control sobre la vida del convento y el grupo dirigente, compuesto por Moura⁶⁴, Chinchón, Velada, Idiáquez y Loaysa decidió valerse del mismo colocando a Álvaro de Carvajal.

Y así se mantuvieron las cosas durante una década, hasta que la preconización de su tío al arzobispado de Toledo le catapultó hacia el oficio de teniente de limosnero mayor y el 11 de septiembre de 1598 al de capellán y limosnero mayor de Felipe II⁶⁵.

3. *Capellán y Limosnero mayor*

La muerte del Rey Prudente supuso la caída de García de Loaysa y le amargó el final de su dilatada carrera. Parece que el monarca y el duque de Lerma, pese a comulgar con su ideario⁶⁶, no le perdonaron su actitud como patrón cortesano. Efectivamente, García de Loaysa había sido uno de los principales promotores del alejamiento del entonces marqués de Denia por virrey a Valencia⁶⁷. Además, en 1596, un año después de cesar en su oficio de maestro del príncipe, respondía una consulta de Felipe II sobre las capacidades de su hijo. En la

⁶³ Felipe III realizó una recopilación de las distintas disposiciones reales y costumbres en 1602, publicadas en N. Álvarez Solar-Quintes, *Reales cédulas de Felipe II...*

⁶⁴ También testamentario de la princesa Juana, junto a Pedro Portocarrero: N. Álvarez Solar-Quintes, *Reales cédulas de Felipe II...*, p. 13.

⁶⁵ AGP, Registros, lib. 6151, fol. 9r. Según Santiago Martínez, el nombramiento se habría producido el 20 de agosto de ese año, dos días antes de la consagración de García de Loaysa como arzobispo en San Lorenzo: S. Martínez Hernández, *El marqués de Velada...*, p. 354; L. Pinelo, *Anales de Madrid...*, p. 38.

⁶⁶ Todos defendían posiciones cercanas a los antiguos papistas y se hallaban muy influidos por las nuevas corrientes de la Compañía de Jesús, modelada por el Papa a través del general Acquaviva: J. Martínez Millán, “La crisis del «partido castellano» y la transformación de la Monarquía Hispánica en el cambio de reinado de Felipe II a Felipe III”, *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejo II (Madrid 2003), pp. 11-38; y el reciente J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III...*, I, pp. 25-302.

⁶⁷ Junto con Cristóbal de Moura: S. Martínez Hernández, *El marqués de Velada...*, p. 332 y A. Feros, *El duque de Lerma...*, p. 92.

misma, recomendaba que el príncipe fuese ganando poder decisión en materias de gobierno, que recibiese dinero para dar limosnas y que se rodease de un grupo de consejeros que le asistiese. Con ello, el antiguo maestro pretendía mantener la posición de una serie de servidores cuya supervivencia se veía amenazada tanto por la decrepitud de Felipe II como por las ambiciones del futuro duque de Lerma⁶⁸. Esta actitud fue también entendida como una seria duda de las capacidades del príncipe. En todo caso, García de Loaysa fue primero obligado a permanecer en El Escorial con la excusa de consagrar un altar y luego se le obligó a residir en su diócesis⁶⁹. Falleció en Alcalá de Henares poco después⁷⁰.

Sin embargo, Álvaro de Carvajal juró el 14 de septiembre de 1598 por capellán y limosnero mayor de Felipe III, sin que fuese removido del oficio. Su bajo perfil político (que permitió al nuevo arzobispo de Toledo aumentar su presencia en el ceremonial religioso cortesano), su poca significación faccional (manteniendo buenas relaciones con los lermistas, como Juan Bautista de Acevedo), las influencias latentes de sus antiguos protectores o tal vez la falta de un candidato mejor (la experiencia como capellán mayor de las Descalzas y su antigüedad en la Capilla Real le avalaban) le permitieron sobrevivir a la llamada “revolución de las llaves”.

Una consulta posterior nos proporciona bastantes claves sobre su permanencia en el oficio: la coincidencia ideológica. Al parecer, un fraile griego había solicitado limosna al Monarca para su monasterio, asediado por los turcos, al tiempo que expresaba la esperanza de que Jerusalén fuese recuperado, lo que pacificaría la zona. Carvajal, como limosnero mayor, fue preguntado al respecto y su respuesta resulta más que elocuente:

⁶⁸ El documento fue transcrito por G. González Dávila, *Teatro*, pp. 43; I. Ezquerria Revilla, *El Consejo Real*, p. 241; J. Martínez Millán (dir.), *La Corte de Felipe II*, Madrid 1998, pp. 265-266.

⁶⁹ G. González Dávila, *Historia de Felipe III*, fol. 71r; L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas*, pp. 3 y 10; A. Feros, *El duque de Lerma...*, p. 128, donde se implica también al obispo de Cuenca, Pedro Portocarrero en la duda de las capacidades de Felipe III, por lo que también se le obligó a residir en su diócesis: J. de Olarra Garmendia y M.L. de Larra-mendi, *Correspondencia...*, I, p. 27.

⁷⁰ El padre Jerónimo de Florencia predicó sermón en su entierro: BNE, Ms. 13027, fol. 214v. Por su parte, Ramírez de Prado lo calificaba en una carta al duque de Lerma como “mala bestia”: A. Feros, *El duque de Lerma...*, p. 128.

Acuerdese V[uestra]. M[agestad]. de lo q[ue]. he dicho en otro papel de la África para convertir las fuerças q[ue]. se avían de poner contra Venecia [ilegible] N[uest]ro. señor a sido servido se componga contra los moros de Argel que si este verano pasa tendrá más dificultad y el gran Turco se halla necesitado y muy embarcado con el persiano que le trae fatigado y los de Argel no están conformes y así por esto como porque el gran turco es de diez y ocho a[ñ]os. Y con Argala an muerto muchos de los capitanes q[ue]. traya en su exército es esta muy buena ocasión y el serv[ici]o. q[ue]. se hace a N[uest]ro. Señor grandísimo en redimir tantos captivos y quitar la que ay de q[ue]. lo sean tantos xp[cristia]nos y para convertir las armas contra estos bárbaros con más poder se avría de procurar con Flandes alguna paz o suspensión de Armas, que tengo por imposible pacificar con ellas aq[ue]llos. Estados, sino dando tiempo y esperar otros modos que n[uest]ro. S[eñ]or. dará quando fuere servido ⁷¹.

En resumen, el capellán y limosnero mayor proponía que las fuerzas destinadas contra Venecia (una vez solucionado el conflicto entre la Serenísima y el Papado), unos 30.000 hombres, fuesen empleadas contra el Turco, al tiempo que pedía una pacificación en Flandes que permitiese sustraer recursos con el mismo fin, dado que el momento parecía propicio para dar un golpe definitivo. Los hechos posteriores coincidieron con su análisis. Sin resultar exhaustivo: en 1608 se realizó una expedición contra Larache; en 1609 se firmaba la Tregua de los Doce Años; expulsión de los moriscos en 1610; y en 1614 nueva expedición contra África, todo ello salpicado de numerosos encuentros navales ⁷².

Respecto a las referencias a Persia y su acoso al Turco, el propio capellán y limosnero mayor bautizó a dos “persianos”, dos miembros de la embajada persa que visitó a Felipe III en 1601 ⁷³. Tal vez abrigaba con ello esperanzas de la conversión de Persia.

⁷¹ Aranjuez, 1 de mayo de 1607: AGP, Real Capilla, 50/1.

⁷² G. González Dávila, *Teatro*, pp. 61-83 y 89 y ss.

⁷³ C. Pérez Bustamante, *La España de Felipe III*, pp. 396-397; J. de Olarra Garmendia y M.L. de Larramendi, *Correspondencia...*, II, p. 143; BHMM, M-32, señala que Carvajal anotó tanto la audiencia al embajador como los bautizos.

Álvaro de Carvajal participó en la importante jornada de los casamientos, que decantó los antiguos servidores del monarca ⁷⁴, supervisando el ceremonial y tomando nota del mismo ⁷⁵. Con todo, su labor más importante al frente de la capilla real sería la de finalizar el proceso de reforma, mediante la redacción de unas constituciones unitarias que agrupaban tanto la capilla de Castilla como la de Borgoña, además de otras para el colegio de los Cantorcillos.

El proceso fue iniciado por el propio Álvaro de Carvajal, en un contexto de euforia reglamentística que pretendía fundar una auténtica “Casa de la Monarquía” al tiempo que eliminaba las referencias a Borgoña ⁷⁶. El monarca le había solicitado un listado de las constituciones existentes en la Capilla Real, al que debía añadir su opinión. El limosnero mayor no sólo pasó revista al caos normativo, sino que además incluyó en la consulta un proyecto de constituciones, una acomodación de las existentes “al tiempo presente” ⁷⁷. En dicha acomodación, el capellán mayor se daba bastantes competencias, atendiendo a que era el ordinario de la Casa y Corte por bulas apostólicas: jurisdicción sobre todos los criados de su majestad; subordinación de todos los capellanes y confesores de las guardias, así como de bosques y montañas reales; tomar juramento (o bien su receptor) a los capellanes de su majestad, de las guardias, pajes, montañas, bosques y otros que fuesen del real servicio, así como a predicadores y demás personas de la capilla (excepto los cantores); visitar a los criados enfermos; y debía hacer guardar las preeminencias, emolumentos y honras de la Capilla Real, acudiendo al mayordomo mayor o al monarca en caso de que no fuese así.

Además, se daba un papel central en la organización de la liturgia, distribuyendo los turnos de servicio en capilla y oratorio; autorizando a los obispos a dar misa; eligiendo a los predicadores; y supervisando la limpieza y orden de la capilla.

⁷⁴ Así lo señaló Francesco Guicciardini: C. Seco Serrano, “Los comienzos de la privanza de Lerma según los embajadores florentinos”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* CXLIV, cuaderno 1 (Madrid 1959), p. 79.

⁷⁵ Como hizo durante los años que desempeñó el oficio: BHMM, M-32. El hecho de que viajase con la corte indica que hizo dejación de la capellanía mayor de las Descalzas.

⁷⁶ Pese a que, en general, tanto los oficios como el ceremonial se mantuvieron. Sobre el proceso, J. Martínez Millán, “La Corte de la monarquía hispánica”, *Studia Histórica. Historia Moderna* 28 (Salamanca 2006), pp. 48-51.

⁷⁷ Valladolid a 12 de abril de 1601: RAH, 9/454bis, fol. 41.

Por último, consultaba a su majestad todo lo que tocara a la real capilla y limosnas, por lo que tenía acceso al cuarto de su majestad por el retrete o la saleta sin necesidad de ser presentado (sin importar si el rey estuviese enfermo); bendecía la mesa del monarca; acompañaba al rey detrás suyo, al lado del mayordomo mayor; en las misas tendía lugar junto a la cortina; recibía doble distribución y podía comer en el estado de los caballeros.

Sin embargo, Álvaro de Carvajal fue desautorizado por la respuesta regia a su consulta. El monarca decía haberla visto, pero mandaba que se juntase Carvajal con algunos capellanes significativos para formar unos nuevos estatutos. Así lo hizo el limosnero mayor, quien se reunió el 6 de noviembre con el doctor Gómez de Arce, juez de la capilla; doctor Carlos Venero, receptor; Manuel de Sosa, maestro de ceremonias; doctor Gamarra, cura de Palacio; doctor Lima, secretario y contador; Juan Carrillo; licenciado Villela, capellán de las órdenes militares; licenciado Martínez de la Torre; Pedro de Aragües, cantor; doctor Diego de Guzmán y el obispo de Valladolid Juan Bautista de Acevedo, antiguo capellán⁷⁸. Se conserva un documento con las deliberaciones de dicha comisión sobre un proyecto previo, que finalmente fueron desestimadas⁷⁹.

Las aprobadas finalmente en 1601 se centraban en la organización de la propia capilla y no en las preeminencias que el capellán mayor, que por lo general no variaron. Por la forma en que fueron elaboradas puede considerarse un empate entre las aspiraciones de Álvaro de Carvajal y las limitaciones impuestas por el duque de Lerma y la propia capilla. La composición de la comisión muestra la presencia de algunos capellanes veteranos y promocionados por García de Loaysa desde la iglesia de Toledo (Carlos Venero y Juan Carrillo) junto con otros personajes vinculados a Carvajal (Gómez de Arce, Antonio Lima), Lerma (Acevedo) e incluso la Emperatriz (Guzmán).

En lo que atañía al capellán mayor, se centraban especialmente en su papel en la recepción de un nuevo capellán o predicador. Como símbolo de su superioridad, percibía el doble que los demás en las distribuciones. Conservaba la jurisdicción sobre la capilla; otorgaba y controlaba las licencias de ausencia; nombraba los confesores de Cuaresma para la Casa y Corte. En cuanto al ceremonial, hacía los oficios de pontifical.

⁷⁸ RAH, 9/454bis, fols. 46v-47v.

⁷⁹ BHMM, M-32 y BNE, Ms. 14018/15, que data erróneamente en 1605 al documento.

Más claro era respecto al resto de la Capilla Real, estableciendo el estatuto de limpieza de sangre (y, por lo tanto, informaciones); limitando el número de capellanes a 50 de número y 50 *ad honorem*; fijando el comportamiento de los capellanes tanto en el día a día, como en el plano ceremonial y de servicio religioso (que distribuía el receptor); y regulando las distribuciones y los cabildos.

La influencia de dichas constituciones sería duradera, como se comprueba comparándolas con las de 1623 (que añaden pocas novedades a lo expuesto), realizadas por Felipe IV y que extenderían su validez normativa hasta, al menos, el reinado de Carlos II ⁸⁰.

En cuanto a los Cantorcillos, compuesto por niños (traídos hasta entonces de los Países Bajos) a los que se educaba en el canto y las letras, la situación, insostenible ya, obligó a una reforma en los últimos años del reinado de Felipe II. Coincidiendo con la mudanza en 1595 desde el hospital de la Latina, cuyo rector y capellán fueron excomulgados en 1598, hasta la calle Leganitos ⁸¹, parece que se fundó un colegio mediante unas constituciones cuya datación es imprecisa, dado que fueron impresas en 1672 ⁸². Según éstas, los cantorcicos estaban a cargo del teniente de maestro de capilla, con la función de educarlos cultural, moral y musicalmente. Adicionalmente, había un rector, sacerdote de buena vida y costumbres, con conocimientos de gramática para que pudiese suplir en las lecciones las faltas y enfermedades del maestro. Su principal ocupación era tener cargo del gobierno de la casa y colegio. La convivencia en la jefatura de

⁸⁰ AGP, Real Capilla, 72/1, copia en RAH, 9/454bis, fols. 57r y ss.

⁸¹ N. Morales, *Las voces de Palacio. El Real Colegio de niños cantores de Madrid*, Madrid 2005, p. 68.

⁸² Luis Robledo las considera de 1595: L. Robledo y otros, *Aspectos de la cultura musical en la corte de Felipe II*, Madrid 2000, pp. 141-142. Localizables en BNE, Ms. 14017/9, reproducidas en F.A. Barbieri, *Legado Barbieri*, II, pp. 50-51, y en AGP, Administrativa, leg. 1133 (dos copias manuscritas en letra de finales del siglo XVII, cuando no XVIII o posterior). Están encabezadas como “Constituciones para el Real Colegio de Cantores de la Real Capilla del Rey nuestro señor. Hechas en tiempo de Felipe II. Visita 3 de octubre de 1672. Constituciones establecidas por mandato del Señor Rey Don Felipe Segundo, de buena memoria, a instancias del Señor Patriarca de las Indias que entonces era, para el buen gobierno de los cantorcicos de su Real Capilla” y concluían con un testimonio de verdad de un notario de la real capilla en Madrid a 3 de octubre de 1672, de que concordaba con el original que quedaba a continuación de los autos de la visita señalada. Cabe señalar que el Patriarca de Indias no devino en jefe de la capilla hasta finales del reinado de Felipe III.

ambos oficios les obligaba a que procurasen tener conformidad entre sí y que el otro dejase hacer lo que correspondía para enseñanza y educación de los cantorricos. Con todo, las constituciones dedicaban la mayor parte del articulado a regular la distribución del tiempo de los cantorcillos de manera muy pormenorizada, hora a hora, así como prohibir los comportamientos ilícitos (como jugar a naipes o tocar la guitarra). Además, establecía varias ocupaciones, la mayoría rotatorias, para los propios muchachos.

Con todo, el asunto de la organización y fijación del colegio de los cantorcillos fue afrontado de manera satisfactoria durante los primeros años del gobierno de Felipe III. Podría incluso plantearse que el colegio fue institucionalizado de manera efectiva en este momento, incluso en 1606, coincidiendo con el traslado de la corte a Madrid⁸³, mientras que al menos en 1612 ya constaba el oficio de rector en los roolos de gajes de la Casa de Borgoña⁸⁴.

En primer lugar, se procedió a la redacción de unas constituciones. Compuestas de 13 artículos, tenían fecha del 16 de diciembre de 1598. En ellas, se indicaba claramente que se ocupaban del funcionamiento de un auténtico colegio, puesto que su majestad daba casa para que vivieran y estudiaran los cantorricos, el maestro de capilla, su teniente y el maestro de gramática además de un maestro de leer y escribir. La única mujer en la residencia sería un ama. El resto del articulado regulaba la vida en dicho colegio, cuya guía era la educación de los cantorricos y cuyo responsable último era el maestro de capilla. La última constitución colocaba al colegio bajo la jurisdicción del limosnero mayor, puesto que éste quedaba a cargo de hacer cumplir las constituciones y castigar si se desobedecía⁸⁵.

De manera adicional, existe un documento en el Archivo de Palacio titulado “Constituciones de 1599 y algunas advertencias adicionales sobre el horario de los cantorcillos”. Su procedencia no parece clara, en tanto que las constituciones

⁸³ Según una historia anónima, momento en que se establecieron los cantorcillos y demás personal en la calle Leganitos: *Historia y ceremonias de la capilla real española*, BHMM, M/31, fols. 86v-87r, cit. L. Robledo y otros, *Aspectos de la cultura musical...*, p. 141.

⁸⁴ En la persona de Juan de Huerta, si bien recibía sólo 6 placas por tercio por cada uno de los cantorcillos: AGP, Administrativa, leg. 1135.

⁸⁵ BNE, Ms. 14069/223.

son prácticamente las mismas que las ya señaladas de 1598, aunque presentaba algunas diferencias en su redacción, principalmente la incorporación de los nombres concretos del maestro de capilla (Mateo Romero), su teniente (Gery Gersem y su antecesor, Adrian Capi) y los maestros de gramática (o de latín) (Rolando Vinchelío, castellanización de Roland Winckerlo, y su sustituto, pero también antecesor, Nicolás “Bablincurt”), además de excluir lo referente a las actividades diarias de los niños, que se analizaban por extenso fuera del articulado (en lo que en realidad era un resumen de las copiadas en 1672). El documento suponía también la escenificación del cambio entre un maestro de latín y el siguiente, lo que añade dudas en cuanto a su datación: parece ser que Nicolás “Bablincurt” cobraba distribuciones por la Casa de Castilla desde al menos el 16 de junio de 1598, si bien es cierto que por las mismas fechas también las percibía Rolando Vinchelío, quien murió al año siguiente en Génova acompañando al archiduque Alberto ⁸⁶. Dichas diferencias entre constituciones, se podría plantear desde el punto de vista de borrador y versión definitiva. Concretamente, la fechada en 1599 lo sería de la otra, al contener los nombres y una copia de las “constituciones de los cantorillos” de tiempos de Felipe II ⁸⁷.

Pero lo más interesante eran las críticas vertidas, especialmente contra la actuación del maestro de capilla y otros oficiales. Por algunos nombres propios que aparecían en el documento, tal vez se tratase de la copia textual de unas advertencias de la época de Felipe II ⁸⁸. La relación denunciaba principalmente que el maestro de capilla había patrimonializado a los cantorillos y los recursos asociados a ellos (tanto los aportados por la Casa Real como las dos capellanías de Flandes), ante la pasividad de su superior ⁸⁹. La repetición de las mismas indicaría que la situación apenas había variado un ápice, pero también tendría una clara intencionalidad de poder dentro de la capilla real, al conducir a la adopción de unas constituciones diferentes que situaban la institución directamente bajo la autoridad y supervisión del limosnero mayor, como demandaban las advertencias.

⁸⁶ AGP, Registros, lib. 6151, fols. 6r y 223v.

⁸⁷ Publicadas en L. Robledo y otros, *Aspectos de la cultura musical...*, pp. 353-354.

⁸⁸ L. Robledo y otros, *Aspectos de la cultura musical...*, pp. 142-143, plantea las mismas dudas, inclinándose en la datación hacia la época de Felipe II y de manera previa a la fundación del colegio, si bien no se decanta del todo.

⁸⁹ AGP, Real Capilla, caja 105/3.

En todo caso, la combinación de ambas fundaba claramente el colegio de los cantorcillos, por lo que su influencia fue bastante duradera y se extendió hasta el reinado de Carlos II ⁹⁰. Con todo, a pesar de que, como demuestra su primera redacción, se pretendía con ellas devolver al maestro de capilla el gobierno del colegio (de hecho, ocuparía el aposento de Winckerlo, maestro de latín y rector), dicho oficial, Mateo Romero, se negó a recibirlas el 9 de enero de 1599, hasta hablar con el capellán mayor. El 11 el juez de capilla ordenó que las obedeciese y el 12 aceptaban él y el teniente cumplirlas. Romero especificaba que sólo admitía recibir al teniente en la casa y lo demás que sus antecesores habían hecho. Por fin, el 17 de enero aceptaba el maestro de capilla todas las constituciones y autos anexos ⁹¹. Desde mi punto de vista, esta actitud demuestra su recelo ante la novedad de contar con unas constituciones que regulasen su actuación, poniendo de manifiesto el importante paso dado en la institucionalización del colegio.

Posiblemente la actitud de Mateo Romero, así como los abusos que parece cometía, siguiendo ya una tradición entre los maestros de capilla, motivó que el capellán y limosnero mayor, Álvaro de Carvajal, pusiese límite a sus competencias paulatinamente a través de al menos dos visitas y una reforma de calado.

La primera visita se realizó en 1599, con las constituciones aprobadas, y se concluyó con un informe sobre lo que se debía reformar. Significativamente, los problemas detectados también procedían de la patrimonialización del colegio por el maestro de la capilla ⁹². La conclusión de la visita despojaba a Romero del aprovechamiento de la ropa vieja y, lo que es más importante, se le expulsaba y se designaba como encargado del gasto y la limpieza de la casa (esto es, prácticamente rector) al maestro de gramática y latín. El maestro de capilla fue apartado de la dirección de la casa y su lugar lo ocupó su teniente, lo que tal vez estuviese detrás de las polémicas que Mateo Romero mantuvo con los que desempeñaron este oficio.

Esto se vio reforzado en la segunda visita, que consistió en un inventario de los bienes muebles de los cantorcillos, en el que se descubrió que faltaban algunos

⁹⁰ RAH, 9/454bis, fols. 151v-153v, explicaba el funcionamiento del colegio recurriendo casi textualmente a algunas de las constituciones de 1598-1599.

⁹¹ BNE, Ms. 14069/223.

⁹² BNE, Ms. 14018/20, reproducido en F.A. Barbieri, *Legado Barbieri*, II, p. 60.

respecto al de 1599. Por ello, en febrero de 1601 se mandó que Mateo Romero entregase al teniente, Gery de Ghersem, lo que tuviese a su cargo ⁹³.

En junio de 1601, Álvaro de Carvajal cambiaba sustancialmente los cimientos sobre los que se levantaba el colegio de cantorcillos mediante una consulta y la respuesta real ⁹⁴. La importancia de esta reforma reside en el hecho de que los cantorcillos iban a ser educados no sólo en canto, sino también en la interpretación musical de percusión, cuerda o viento, con el fin de reducir gastos formando a cantores e instrumentistas entre los niños de la capilla, que luego serían promocionados a la Capilla Real. Por ello, el músico de tecla Sebastián Martínez Verdugo fue recibido en mayo de 1607 en el gremio con obligación de dar lección a los cantorricos que se le señalasen ⁹⁵, mientras que al menos en 1612 el músico de corneta de la capilla real (y cantor) Juan Baptista de Medina era el encargado de educarles en el tañido de la vihuela de arco ⁹⁶.

En un documento posterior, pero sin fechar, se vertieron duras críticas contra el plan de Carvajal. Se decía que había estado mal informado, y por ello “dio en hacer la más lastimosa cosa para el servicio de su majestad”, recibiendo a niños sin voces para enseñarlos a tañer instrumentos (cornetas, bajones, arpas, órganos y “biguelas”). Con ello se había pervertido el buen orden y voluntad de su majestad: si los muchachos resultaban buenos, se iban a iglesias que los pagaban mejor; si no, quedaban representando servicios y llamándose criados (sin merecerlo por su calidad). Con ello quedaba dañada la capilla ⁹⁷. La coincidencia con las críticas que en 1615 vertía el maestro de capilla podrían indicar que la mano de éste estaba tras este documento anónimo. En resumen,

⁹³ Madrid, 23 de febrero de 1601: AGP, Real Capilla, caja 103/4.

⁹⁴ BNE, Ms. 14069/1

⁹⁵ Madrid, 14 de mayo de 1607. Juan de Amezqueta, secretario del rey, lo hizo por su mandando: AGP, Administrativa, leg. 649. Fue recibido en la capilla castellana con un salario de 73.000 maravedíes, 43.800 de ellos por su quitación y el resto de ayuda de costa.

⁹⁶ Para ello se valía de unas “biguelas de arco de la capilla” que estaban a su cargo, recibiendo 25.000 maravedíes al año por la Casa de Borgoña, aunque de los destinados a las pensiones: AGP, Administrativa, leg. 1135.

⁹⁷ RAH, 9/1060, fols. 116r-117v.

parece que finalmente las reformas de Álvaro de Carvajal, tendentes a excluir al maestro de capilla y ahorrar gastos futuros al gremio fueron desechadas por su sucesor, Diego de Carvajal.

Además de la influencia en la toma de decisiones, pero en relación con ella, el oficio le proporcionó también ganancias en el plano material, puesto que recibió varios beneficios eclesiásticos: en Antequera, dos en Cuenca, uno en Córdoba, otro en Zamora (por valor estos cuatro de 1200 ducados), además de la abadía de Santa Leocadia (Toledo) y una pensión en Pamplona por valor de 500 ducados⁹⁸. Parece que poco antes de su muerte, en Valladolid el 25 de septiembre de 1608, había sido designado electo de Zamora⁹⁹, tal vez en un intento de apartarle de la corte.

El capellán mayor, al igual que hizo su tío, ayudó a la promoción de su familia, aunque con menos fortuna. Bien es cierto que Francisco de Carvajal recibió merced de Felipe III de elevar su señorío a condado¹⁰⁰. En cuanto al sobrino de Álvaro de Carvajal, Diego Esteban de Carvajal, heredero de la casa, fue nombrado comendador de Castroverde. Además, le regaló una mansión en Plasencia, la llamada casa “del Berrocal”, que compró a través de Diego de Carvajal en 1607¹⁰¹.

El limosnero mayor conservó cierto ascendiente sobre la iglesia de Plasencia¹⁰². No obstante, el obispo entre 1594 y 1609 fue Pedro González de Acevedo,

⁹⁸ AGP, Registros, lib. 6151, fol. 9r; RAH, 9/454bis, fol. 77v. Llegó a reunir 57.800 reales en rentas: F. Negredo del Cerro, “La capilla de palacio a principios del siglo XVII. Otras formas de poder en el alcázar madrileño”, *Studia Histórica. Historia Moderna* 28 (Salamanca 2006), p. 72.

⁹⁹ AGP, Real Capilla, 4/6. Podría haber sido así, pues el obispo Fernando Suárez de Figueroa falleció el 3 de agosto de 1608 y su sucesor, Pedro Ponce de León, no fue preconizado hasta el 29 de marzo de 1610: *Diccionario de Historia Eclesiástica...*, IV, p. 2800. Fue enterrado en San Felipe (Madrid).

¹⁰⁰ Concretamente el 31 de enero de 1602: G. Gascón de Torquemada, *Gaceta y nuevas de la corte de España desde el año 1600 en adelante*, Madrid 1991, p. 21. Le sucedió en el condado su nieto: P. Cordero Alvarado, *Plasencia heráldica...*, pp. 90-91.

¹⁰¹ La casa había sido donada a los agustinos, quienes pretendían fundar allí convento. Sin embargo, el capítulo de la orden de 1607 decidió su venta. La misma se cerró en 2.500 ducados: L. de Toro, *Descripción ... de Plasencia*, p. 33; M. López Sánchez-Mora, *Plasencia*, p. 25. Sobre su descendencia posterior, P. Cordero Alvarado, *Plasencia heráldica...*, p. 123.

¹⁰² M.A. Ortí y Belmonte, *Episcopologio Cauriense*, Cáceres 1959, p. 120.

partidario de la facción de los carvajales¹⁰³. De esta forma, el cabildo se llenó de deudos y aliados (como los Martínez)¹⁰⁴. Su hermano Diego de Carvajal ascendió a comisario del Santo Oficio y entró en la Capilla Real como capellán de Castilla el 28 de marzo de 1600¹⁰⁵, actuando como representante del obispado en varias ocasiones. Falleció en septiembre de 1608, al igual que su hermano, y como él fue enterrado en San Felipe.

En cuanto a Pedro de Carvajal, fue provisto por obispo de Coria el 3 de noviembre de 1603, donde celebró en 1606 un sínodo cuyas disposiciones fueron impresas, logrando así asentar las resoluciones tridentinas¹⁰⁶. Falleció el 20 de septiembre de 1621 en Plasencia, donde pasaba largas temporadas, siendo enterrado en la capilla de San Nicolás que para este fin levantó¹⁰⁷.

En cuanto a su papel en la Capilla Real, la misma estaría mediatizada en gran medida por el duque de Lerma y otros favoritos. Bien es cierto que Álvaro de Carvajal, como capellán mayor, era el responsable último de los nombramientos, tanto de nuevos miembros de la capilla como de los oficios para el gobierno de

¹⁰³ La relación se inició mientras el futuro obispo era magistral (o canónigo del púlpito) en Plasencia, donde el chantre Pedro de Villalva, también gobernador de la villa de Jaraicejo, dependiente del obispado, le atrajo definitivamente hacia el partido de los carvajales. Predicó en el sínodo de 1582: M. López Sánchez-Mora, *Plasencia*, p. 48, A. Fernández, *Historia y Anales ... de Plasencia*, p. 283. Preconizado obispo de Orense, volvió a la diócesis placentina, de donde era natural. El monarca le encargó algún negocio, tal vez por influencia de su capellán y limosnero mayor, como en 1602: M. López Sánchez-Mora, *Episcopologio*, p. 44.

¹⁰⁴ Juan Martínez Cabezealeal fue deán, mientras que Juan Martínez Salazar era arcediano de Plasencia: A. Fernández, *Historia y Anales ... de Plasencia*, pp. 263 y 290. En cuanto a Pedro Martínez, era canónigo y se le encargó la información de limpieza para entrar como capellán de Castilla de Diego de Carvajal en 1599. El propio Martínez le escribía al limosnero mayor agradeciendo enfáticamente dicha comisión, ofreciéndose para más encargos, puesto que se hallaba obligado por el servicio que el obispo de Málaga prestó a García de Loaysa y al propio Álvaro de Carvajal: AGP, Per., 7783/7.

¹⁰⁵ AGP, Per., 7783/7 y AGP, Registros, lib. 6151, fols. 11v y 244v.

¹⁰⁶ M.A. Ortí y Belmonte, *Episcopologio Cauriense*, pp. 117 y 120-121.

¹⁰⁷ G. Gascón de Torquemada, *Gaceta y nuevas de la corte...*, p. 112, donde le calificaba de “varón dignísimo”. En cuanto a la capilla, su construcción no estuvo exenta de polémica, pues durante la misma se le autorizó a destruir un altar de piedra: M. López Sánchez-Mora, *Plasencia*, pp. 86-88. Había sido bautizado en esta iglesia.

la misma. Pero también que, por hallarse en un contexto cortesano, aceptaría los candidatos propuestos por los grandes patronos de la corte.

Un clarísimo ejemplo de hechura de Álvaro de Carvajal fue Andrés (o Gaspar) Gómez de Arce. La relación entre ambos se forjó en el Colegio Mayor de Oviedo, en el que ambos coincidieron ¹⁰⁸ y debió mantenerse de alguna manera, puesto que el 16 de junio de 1598 Gómez de Arce entraba como capellán de Castilla. Carvajal enseguida lo eligió como juez de la Real Capilla, cargo que desempeñó hasta el fallecimiento de su protector. Gómez de Arce recibió varias prebendas, posiblemente gracias a la ayuda del capellán mayor: chantre y canónigo de Sigüenza; pensiones en Osma, Jaén y Toledo (por valor de 500 ducados) y en Segovia, por 200 ducados; vicario general del obispado de Asturias y obispo de Sigüenza ¹⁰⁹.

El caso de Antonio Lima fue similar, por lo que probablemente se trataría también de un protegido de Álvaro de Carvajal. Recibido el 16 de junio de 1598, al igual de Gómez de Arce, muy pronto ocupó el oficio de secretario y contador de la Real Capilla, que no abandonó hasta su muerte en 1616. Recibió dos pensiones sobre el obispado de Segovia (una de 100 ducados y otra de 200) y otra de 100 ducados sobre el de Salamanca. Murió siendo electo de Astorga ¹¹⁰. Sin ánimo de resultar prolijo, también la carrera de Sebastián López de Tribaldos resulta un ejemplo de promoción gracias a Carvajal. Recibido por capellán en 1600, ese mismo año era propuesto por el limosnero como cura de palacio, sin éxito (tal vez esto indicaría que Francisco de Gamarra ¹¹¹, cura de palacio a la postre, no era persona de su agrado, por no ser su primera elección). En todo caso, tres años después era designado receptor de la Real Capilla y recibía 300 ducados de renta sobre el arzobispado de Zaragoza. A la muerte del limosnero mayor consiguió mantenerse en el oficio. De hecho, en 1610 acompañaba al capellán mayor a la peregrinación de Santiago que la reina le encomendó. En 1617 era nombrado prior de Roncesvalles y en 1620 entraba por capellán de “su alteza” ¹¹².

¹⁰⁸ A.M. Carabias Torres, “Catálogo de colegiales...”, p. 95 y 96.

¹⁰⁹ AGP, Registros, lib. 6151, fol. 4v.

¹¹⁰ AGP, Registros, lib. 6151, fol. 3r.

¹¹¹ F. Negredo del Cerro, “La capilla de palacio...”, p. 72.

¹¹² AGP, Registros, lib. 6151, fol. 12r; AGP, Real Capilla, 155/2; RAH, 9/454 bis, fols. 133r-v; D. de Guzmán, *Reina católica...*, fol. 202r.

Por último, el limosnero mayor también se valió de algunos de los servidores de su tío, como Carlos Venero y Leyva. Recibido por capellán de Castilla en 1593, tres años después entraba como receptor, oficio que no abandonaría hasta 1603. También fue en 1599 juez y cura de palacio y en 1600 juez. Ese mismo año Carvajal le proponía como administrador del hospital de Corte y le consiguió 200 ducados de pensión en Toledo. En 1603 hizo dejación del oficio para ir a servir una calongía en la sede primada, llegando a ser capellán mayor de los Reyes Nuevos en 1607 ¹¹³. Probablemente el capellán mayor quiso librarse así de una de las cabezas más sobresalientes del gremio.

4. *Limosnero mayor de la reina*

Cuando Felipe III puso Casa a su esposa Margarita, nombró por su limosnero mayor a Juan de Guzmán. Los servicios que éste podía alegar se remontaban a unos años atrás, en 1596, cuando entró a servir por sumiller de oratorio de Felipe II. Este oficio tenía tan sólo una función ceremonial, aunque no por ello menos importante, consistente en correr la cortina del oratorio del Monarca en la Capilla Real. Por ello, Felipe II había pretendido siempre que el oficio recayese en la nobleza adicta ¹¹⁴. Con anterioridad, tan sólo había disfrutado de una canonjía ordinaria, que abandonó en 1578, posiblemente para aceptar otra canonjía y luego la abadía de Santa Leocadia ¹¹⁵. Esta experiencia resultaba claramente insuficiente para la dignidad del oficio cortesano al que fue provisto. Por ello, la explicación a su ascenso debe buscarse en su parentesco y relaciones personales.

Y es en este punto donde Juan de Guzmán destaca. Hijo del señor de Villaverde, Lope de Guzmán –quien era gentilhomme de la cámara con Felipe II, maestresala de la reina Isabel, tercera esposa de Felipe II, y oidor en Granada– y hermano de Magdalena de Guzmán, marquesa del Valle. Como tal, se vio

¹¹³ AGP, Registros, lib. 6151, fols. 5r y 269v; AGP, Real Capilla, 150/3

¹¹⁴ R. Mayoral López, “La capilla real”, en J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III...*, I, pp. 376 y ss.

¹¹⁵ AGP, Registros, lib. 6151, fol. 5v; H. Pizarro Llorente, *Don Gaspar de Quiroga*, pp. 733 y 735 (nota).

envuelto en el desagradable asunto que implicó a su hermana y a don Fadrique de Toledo en 1567, cuando éste le prometió en matrimonio sin el permiso de su padre, el todopoderoso duque de Alba. Ya que el escándalo se produjo en la corte, donde doña Magdalena era dama de la reina Isabel, el propio Felipe II tomó cartas en el asunto, expulsando a ambos pretendientes: ella fue a un convento, donde permaneció 12 años, y él a Orán y luego con su padre a Flandes. El asunto quedó tan sólo en suspensión, puesto que, al volver el Duque de su misión, los líderes del partido papista aprovecharon las quejas de la dama, ya fuera del convento, para acosar al ministro, de la facción castellanista, y forzar su expulsión de la corte y la prisión de su hijo. En este sentido, Juan de Guzmán actuó como defensor de su hermana, contando con un portavoz de excepción: el propio Presidente de Castilla, Antonio de Pazos ¹¹⁶. Todo esto situaba a los Guzmán en la órbita del partido papista, de cuyas cenizas formaría el duque de Lerma su facción.

De esta forma, Juan de Guzmán fue “premiado” con la abadía de Santa Leocadia y, años después, con el oficio de sumiller de oratorio (auspiciado posiblemente desde los círculos cercanos al príncipe). Además, unos días antes de ser ordenado García de Loaysa arzobispo recibió el arcedianato de Guadalajara, que hasta entonces había conservado el capellán y limosnero mayor y que montaba al año 7.000 ducados ¹¹⁷. Y de nuevo la influencia de su hermana intervino en su carrera cortesana, cuando fue provisto por limosnero de la reina (conservando el oficio de sumiller). Efectivamente, la marquesa del Valle desempeñaba una importante función de control en la Casa de Margarita. Aunque su oficio era de dueña de honor (que obtuvo por recomendación de la primera camarera mayor de la reina, la duquesa de Gandía), en realidad la marquesa del Valle actuó como espía y agente el duque de Lerma ¹¹⁸. Éste había provisto a su esposa como camarera mayor de la reina y es posible que no confiase plenamente en

¹¹⁶ I. Ezquerria Revilla, *El Consejo Real*, pp. 156 y ss.; S. Martínez Hernández, *El marqués de Velada...*, pp. 169 y 173-174.

¹¹⁷ AGP, Registros, lib. 6151, fol. 5v; S. Martínez Hernández, *El marqués de Velada...*, p. 354.

¹¹⁸ M.S. Sánchez, *The Empress...*, pp. 100-101; J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III...*, II, Apéndice IV. Sin embargo, la reina supo burlar tanto a la marquesa como a la camarera mayor, al hablar en alemán con la Emperatriz María en sus frecuentes visitas a las Descalzas Reales: M.J. Pérez Martín, *Margarita de Austria...*, p. 105.

ella para vigilar y limitar la actuación de la reina, por lo que dicha tarea recayó principalmente en Magdalena de Guzmán. En premio, fue designada aya de la infanta Ana en 1601.

Su parentesco, pero también las enfáticas recomendaciones del nuncio Caetani y del patriarca de Alejandría al cardenal Aldobrandini durante 1598¹¹⁹, lograron su nombramiento, a instancias del rey, como Patriarca de Indias. La dignidad, meramente honorífica y vacante desde hacía décadas, fue solicitada el 6 de noviembre de 1600 y parece que ya había sido concedida el 26 de octubre de 1601¹²⁰. Sin embargo, el nombramiento no se pudo hacer efectivo hasta el 25 de diciembre de 1602, por las reticencias del papado a un oficio que, si superaba el mero honor podría llevar a la separación de las Indias de la tutela de Roma¹²¹. Una vez superado este escollo, incluso se concedió el asociarle unas rentas de 10.000 ducados anuales¹²².

Sin embargo, este año terminaba la fortuna de Juan de Guzmán junto con la de su hermana. La marquesa del Valle se convirtió, tras su nombramiento como aya de la infanta, en un personaje influyente, de manera “que después del mismo duque de Lerma era la persona de quien más caso se hacía en la corte”¹²³. El favorito, temiendo el ascendente de su *criatura* (y tal vez descubriendo que ya no lo era) puso freno a sus aspiraciones. La marquesa solicitó en octubre de 1604 abandonar la corte, pero ese mismo mes se procedió a su prendimiento y *empapelamiento*¹²⁴.

¹¹⁹ Se suplicaron para él 600 ducados de beneficios simples, que se le negaron: J. de Olarra Garmendia y M.L. de Larramendi, *Correspondencia...*, I, pp. 16, 26 y 40.

¹²⁰ J.M. Pou y Martí, *Archivo de la Embajada de España...*, p. 170; J. de Olarra Garmendia y M.L. de Larramendi, *Correspondencia...*, I, p. 253.

¹²¹ L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas...*, p. 166. Sobre la dignidad, resulta fundamental Lesmes Frías, “El patriarcado de Indias occidentales. Nuevas investigaciones históricas”, *Estudios Eclesiásticos* 4, tomo I (Madrid 1922), pp. 297-318; y F. Ruiz García, “Patriarcado de Indias y vicariato general castrense”, *Revista Española de Derecho Canónico* 65, vol. XXIII (Salamanca 1967), pp. 449-471.

¹²² El 16 de junio de 1603: J.M. Pou y Martí, *Archivo de la Embajada de España...*, p. 172.

¹²³ H. Khevenhüller, *Diario...*, p. 536; M.S. Sánchez, *The Empress...*, pp. 100-102.

¹²⁴ Instigado por el conde de Villalonga. El Duque pretendió incluso que los Monarcas testificasen en contra suya, con poco éxito: M.S. Sánchez, *The Empress...*, p. 169.

De manera paralela, Juan de Guzmán había sido obligado a dejar el oficio de sumiller de cortina, y parece que el de limosnero mayor de la reina, desde el 1 de septiembre de 1603¹²⁵, aunque sin abandonar la dignidad de Patriarca de Indias, que conservó hasta su muerte en 1603. En su sustitución fue provisto Álvaro de Carvajal.

El limosnero entró a servir junto con unas nuevas constituciones para cada una de las secciones que componían la Casa de la reina, expedidas en Valladolid a 9 de julio de 1603¹²⁶. Con ellas se pretendía fijar la estructura de la Casa de la reina (como estaba sucediendo con la Casa del rey), muy poco definida por las anteriores ordenanzas¹²⁷. En lo que atañía en la capilla (más bien oratorio) de la reina, las labor principal del limosnero mayor consistía, como indica su nombre, en repartir la limosna ordinaria, que se le entregaba cada principio de mes. Para ello debía informarse del limosnero mayor del rey y de los curas de las parroquias, dando cuenta a la reina, quien tomaría la decisión. Actuaba también como controlador del gasto, pues las limosnas extraordinarias debían consultarlas al mayordomo mayor. En un plano ceremonial, bendecía la mesa, recibía las ofrendas de los cumpleaños; entregaba las velas y almohadas cuando fuese necesario; y ordenaba a los mozos de oratorio lo referido a la liturgia de la reina, labores que imitaban las del capellán mayor del rey. Por último, era el maestro de los infantes, siempre que no se dispusiese otra cosa y con la presencia del aya en las lecciones. Con ello se definía claramente sus áreas de actuación, gozando de gran presencia en la Casa de la reina y los infantes, pero también se le limitaba su campo de acción a las tareas señaladas y supervisado por otro oficial de la Casa: mayordomo, aya, limosnero mayor del rey (que también dictaba el funcionamiento de la propia capilla de la reina). De ahí la importancia de que Carvajal aunase ambos cargos: no sólo dependía de sí mismo para repartir las generosas cantidades destinadas

¹²⁵ AGP, Administrativa, leg. 1135; J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III.*, II, Apéndice IV.

¹²⁶ AGP., Histórica, leg. 49, exp. 4

¹²⁷ Centradas especialmente en señalar quién debía acompañar a la reina Ana en cada momento. Sobre el contexto en el que fueron redactada, J. Martínez Millán, “La Corte de Felipe II: la Casa de la reina Ana”, en *La Monarquía de Felipe II a debate*, Madrid 2000, pp. 159-184.

por los piadosos esposos ¹²⁸, sino que el montante de la misma era más abultado si cabe y controlaba más aún el servicio religioso a la reina. La novedad introducida se mantuvo con su sucesor, Diego de Guzmán.

Efectivamente, las cantidades manejadas por el limosnero mayor resultaron cada vez mayores, debido en parte a un cambio en la mentalidad cortesana y en la política de ayudas de sus majestades (tal vez no ajeno al cambio hacia la *Monarquía Católica* experimentado en estos años), en tanto que se aumentó el número de limosnas y personas susceptibles de recibirlas ¹²⁹. De manera pareja, las cuentas de dicho dinero fueron problemáticas casi desde el principio del reinado, en parte debido a la delicada situación del fisco real. Al respecto, Álvaro de Carvajal, en consulta de febrero de 1603 presentaba una memoria de las “limosnas que se podían hacer” y de las que aún se adeudaban. Resulta altamente

¹²⁸ Información sobre el limosnero mayor en R. Mayoral López, *La Casa Real de Felipe III (1598-1621). Ordenanzas y etiquetas*, Madrid 2007, pp. 73 y ss., –Tesis Doctoral, publicada parcialmente en J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III...*, I–. Sobre el desarrollo en las primeras décadas del siglo XVII de un arquetipo de rey virtuoso en tanto que santo, A. Álvarez-Ossorio, “Estudio introductorio. Corona virtuosa y pietas austriaca. Baltasar Porreño, la idea del rey santo y las virtudes de Felipe II”, en B. Porreño, *Dichos y hechos del señor don Felipe II el prudente, potentísimo y glorioso monarca de las Españas y de las Indias*, Madrid 2001, pp. XL-L y LXVI-LXXIX.

La exaltación de la virtud coronada estaba estrechamente vinculada con la idea del príncipe cristiano. Asimismo, tras el arquetipo seminal del *princeps christianus* asomaba la figura del rey santo (Ibídem, p. XLIX)

Sobre las prácticas piadosas de Felipe III, B.J. García García, *La Pax Hispánica...*, p. 11; D. Guzmán, *Reina católica...*, fols. 106r y 182v-188r.

¹²⁹ En un documento de Jerónimo de Quincoces en Madrid a 24 de marzo de 1618, informaba que en tiempo de Felipe II no era lo usual dar raciones a viudas de mujeres de criados, sino que se les hacía merced por otra parte y a algunas pocas por la Casa, por vía de una pensión en dinero que se pagaba cuando los gajes. Sólo se dieron raciones por las Casas de sus altezas a mujeres de criados de ellas, unas 40 cuando heredó Felipe III. En el momento en que Quincoces escribía, había unas 80 raciones ordinarias, pues el rey continuó con aquella limosna: AGP, Administrativa, leg. 928, “Reformas económicas 1620-1629”. Por otro lado, numerosas rentas y pensiones que se daban por la Real Cámara fueron transformadas en limosnas durante el reinado de Felipe III: Madrid, 6 de julio de 1621, AGP, Real Capilla, 137/1.

¹³⁰ El listado se presentó por el alumbramiento de la reina y la llegada de la flota, consideradas por el capellán mayor como ocasiones propicias para estar agradecidos al Señor,

significativo que estas últimas montasen 2.970 ducados de los 5.250 que sumaba todo el listado ¹³⁰.

Varios sistemas se intentaron para subsanar el impago de las limosnas. El principal fue el de el uso de los febles (acuñación de moneda de baja calidad, beneficiosa para las arcas del monarca a corto plazo), pero también el de “venta” de oficios y el uso de rentas, en su mayoría procedentes de bienes moriscos. Respecto al primero, en consulta de septiembre de 1607, Carvajal proponía que las limosnas se pagasen por los febles de las casas de moneda Toledo, Segovia y Sevilla ¹³¹.

En resumen, con este nombramiento Álvaro de Carvajal consiguió el control total de la limosna real. Aunque posiblemente estuviese mediatizado por otros agentes (que le presionarían directamente o a través de su influencia sobre los reyes), el capellán mayor comenzó a manejar elevadas sumas de dinero empleadas exclusivamente en mercedes a pobres, necesitados y, lo que es más importante, establecimientos religiosos y criados enfermos o sus viudas y huérfanas. La limosna devino en un mecanismo más de gracia y merced que asumía el premio a criados y otras personas que no podían optar por la vía ordinaria a una ayuda.

dando limosnas. La respuesta real era un críptico “bien será que esto se cumpla”: 4 febrero de 1603, AGP, Real Capilla, 137/1.

¹³¹ 21 de septiembre de 1607: AGP, Real Capilla, 137/1.